

—Ahora está bien, dije, veo una faja estrecha de tierra rojiza. Es lo que ahora mismo tomaba yo por una nube.

—¿Pero no ves más que esto?

—Nada más.

—Pues bien, yo que no tengo ni tu anteojo, ni tus ojos de quince años, veo tres buques navegando de conserva, tres buques como ya no se construyen iguales ahora. Ahora que estás advertido, ¿los ves?

—Nó, patron, no los veo más ahora, y, francamente, creo que tampoco los veis vos mismo mejor que yo.

—Yo los veo tan bien, marinerito de mi corazon, que leo con facilidad sus nombres, y esto que no sé ni leer ni escribir. Los dos más pequeños se llaman, el uno *Niña* y el otro *Pinta*. El más grande, el más pesado, el que lleva el pabellon almirante, un pabellon con un gran crucifijo en el centro, es la *Santa Maria*, una carabela española de los buenos tiempos antiguos. En pié, sobre el castillo de popa, está el capitan, excelente hombre, con grandes ojos azules, ojos fijos en su objeto. Este hombre, el más grande de todos los hombres, es el inventor del Nuevo Mundo, que camina á su primera expedicion...

—¡Cristóbal Colon! exclamé yo, soltando el anteojo.

—¡Ah! ¿ya le ves ahora?

—Sí, patron; vive Dios, ya le veo.

—Está bien, dijo Nolo.

Y viendo mis ojos húmedos de emocion y respeto:

—Muchacho, me dijo, este es el mejor de los anteojos, el que alcanza más léjos.

Pocas horas despues dejábamos á la izquierda la embocadura del Guadalquivir, luégo el pequeño puerto de Rota, y gracias á una excelente brisa de noroeste, dejábamos caer el ancla en la rada de Cádiz, la tarde de aquel mismo día.

Allí, entre el hechizo de una primera estadía en España—en Andalucía!—olvidé á Cristóbal Colon, olvidé á Nolo, y hasta faltó poco para que un día no olvidara la gabarra *la Truite*; pero luégo que nos hubimos hecho otra vez á la mar, se me presentó nuevamente tan viva mi vision como la primera vez que fué favorecido con ella. Veia yo á Cristóbal Colon; yo le concebía hasta en toda su grandeza, sin saber nada más de él—y lo confieso aquí para confusion mia—que su nombre y su descubrimiento.

Nolo-Kerdrec se encargó de muy buena gana de enseñarme más sobre el particular; hasta diré que en cierto sentido—permitaseme esta expresion vulgar—me enseñó mucho más de lo que habia. El espiritu legendario de la Edad Media resucitaba entero en aquel digno marino breton. De este modo, é insensiblemente, pero con la mejor buena fè del mundo, habia llegado á aplicar al héroe de su



eleccion todo lo que habia encontrado digno de él, entre las consejas y fábulas recogidas en sus largos viajes.

Despues, reconstituyendo de cualquier modo mi educacion, he vuelto á encontrar en la mitologia, en la Vida de los santos, en la de los marinos célebres,— incluso en ellos el famoso Sindbad, el Colon de las *Mil y una noches*,— rasgos de valor ó de pericia náutica, palabras agudas ó profundas, y finalmente hasta milagros que, con sentimiento, he debido cercenar de la vida de Colon, tal como me la habia contado Nolo en las largas veladas del castillo de proa.

Por lo demas, semejante esfuerzo no debia serme mucho tiempo penoso: como nuestro héroe, que partiendo en busca de tierras imaginarias, descubrió otras reales sin perder en el cambio, así mismo el Colon que encontré en la historia, no me dejó nada que envidiar al que me habia mostrado la leyenda. Muy léjos de desvanecerse ante la luz de la ciencia, la heroica figura que se me habia aparecido cerca de las rojas dunas de Palos, no habia perdido nada de su noble fisonomía ni de sus colosales dimensiones. Ni uno solo de los cuentos de Nolo estaba en contradiccion con el carácter de su héroe.

Pero no es hoy nuestro solo objeto el estudio de ese carácter: hemos de hablar tambien del descubrimiento de la América; pues bien, hasta acerca de este punto, la leyenda del marino breton, por fabulosa que fuera en su letra, no tiene casi nada en su espíritu que no confirme el espíritu positivo de nuestra época.

Á este último correspondia dejar sentado que la mayor parte de los grandes acontecimientos históricos, por justamente famosos que hayan hecho á ciertos nombres de hombres, han sido siempre más ó ménos la obra de la época en que aparecieron. Este principio no destruye la responsabilidad de los principales actores de esas revoluciones, de las cuales más de una ha cambiado la faz del mundo, solamente la atenúa en una medida que la historia, mejor informada ahora que antiguamente, tiene por mision determinar.

Muchos personajes históricos pierden sin duda parte de su prestigio al ser considerados bajo ese nuevo punto de vista; otros, y no son siempre los mejores, han encontrado en ello alguna ventaja; pero ninguno ha ganado tanto así como Cristóbal Colon.

Efectivamente, el descubrimiento del nuevo mundo, si no se libra enteramente de las condiciones que acabamos de indicar, es quizas, de los raros acontecimientos de igual importancia, el que emana más directamente de una iniciativa individual.

*A Castilla y á Leon
Nuevo mundo dió Colon.*

La posteridad no ha disminuido esta parte del Leon hecha por contemporáneos

al grande hombre; al héroe, cuya maravillosa historia vamos á ver juntos; ha resistido por completo al sistema de escrupulosa investigacion que domina en los estudios actuales.

Este sistema tan fatal á algunas grandezas usurpadas, no podía perjudicar á la de Cristóbal Colon; por medio de procedimientos inversos á los usados por la leyenda, la ha consagrado, por decirlo así, matemáticamente. Más que nunca y por siempre jamás la vida de Cristóbal Colon y el descubrimiento del nuevo mundo forman una sola y misma materia, por cuya razon hago aquí de ellos el objeto de una misma narracion y los términos de un mismo título.

CAPÍTULO I.

Un escritor frances, quizás demasiado frances, Mr. Rochefort Labouisse, se ha esforzado por asentar que la familia de Cristóbal Colon era de origen frances. Semejante aserto es demasiado patriótico para que yo quiera contradecirlo, ni ocultaré siquiera que me ha parecido á lo ménos muy especioso; pero me veo obligado á confesar al propio tiempo que ningun escritor de alguna autoridad lo ha juzgado tal todavía.

Sea de esto lo que fuere, la familia de nuestro héroe estaba establecida desde mucho tiempo en el Estado de Génova, cuando, de Domingo Colon, fabricante de tejidos de lana, y de Susana Fontanarossa, su mujer, nació nuestro Cristóbal Colon. Fué el mayor de tres hermanos, Bartolomé y Diego, que veremos figurar los dos con esplendor en su historia, y Pelegrin que murió jóven aun, ejerciendo el oficio de su padre. Colon tuvo tambien una hermana de la que no sabemos más sino que se casó con un salchichero llamado Santiago Baravello.

La fecha y hasta el lugar del nacimiento de Colon han dado materia para largas y sabias discusiones; fácilmente se comprende, tocante al primero de estos dos puntos, pero se explica ménos satisfactoriamente respecto del segundo, en presencia del testamento de Colon, monumento tan auténtico como sublime, y en el cual se declara formalmente, y haciendo hincapié en las palabras, nacido en Génova, de padres genoveses.

Á despecho de tan terminante declaracion, muchas ciudades y poblaciones, ya del Montferrato y Plasentino, ya de las costas de Génova, se disputan todavía hoy la honra de ser la cuna de Colon. El pueblo marítimo de Gogoleto ó Cogoreto, á corta distancia de Génova, muestra con orgullo la choza donde habria nacido, segun la version más popular de todas, y, en una palabra, la ménos apartada de la verdad, acabando los mejores autores por donde debieran haber comenzado: me refiero á ponerse de acuerdo con el mismo Colon para hacerle nacer en la ciudad de Génova, hácia el año 1436.